

La mafia no es un tigre de papel

Nicolás Lynch

La mafia de Fujimori y Montesinos que como epíteto está desgastada pero como realidad sigue actuando con especial agresividad, ha quedado esta semana al descubierto. La “curiosa” iniciativa del Cardenal Cipriani de perdonar a algunos de los implicados, el segundo suicidio en dos meses de personajes ligados a la organización criminal y un secuestro muy sospechoso de tener implicancias de provocación política, son los últimos elementos de un panorama en que la organización delictiva que capturó el Estado peruano en los noventa se apresta a dar una batalla de singular importancia: el inicio del juicio a Vladimiro Montesinos.

Es cierto que hablar de mafia fujimontesinista ha empezado a cansar en ciertos sectores de la opinión pública, especialmente por el poco y lento sentido autocrítico del gobierno en determinadas coyunturas, que lo llevaba a acusar siempre a otros de sus problemas en vez de ver también en sus propios predios. Pero es una terrible realidad, al mismo tiempo, que muchos de estos criminales siguen todavía sueltos y complotando contra la democracia. Es fundamental, por ello, continuar llamando las cosas por su nombre, dentro de un sano espíritu autocrítico que permita, a la par que señalar con claridad al enemigo para optimizar el combate contra el mismo, reconocer los propios problemas para estar en mejores condiciones de poner término a los rezagos de la dictadura.

Hace pocas semanas se había convertido en una difícil tarea combatir a la mafia porque esta lograba con algún éxito camuflarse en las acciones de algunos partidos o líderes democráticos. Esta circunstancia no se ha extinguido pero la inminencia de un hecho tan importante como el juicio a Montesinos en el combate anti-corrupción, lleva a los mafiosos a desesperarse y exponer sus acciones a la luz pública. En este proceso, adelantan sus principales alfiles con el objeto de proteger a su jefe máximo y, si fuera posible, convertir el juicio en un “boomerang” contra la democracia. Para ello no reparan en la realización de acciones audaces de singular envergadura que debiliten, si fuera posible sometan a sus designios e incluso derroquen al gobierno elegido por el pueblo.

Estas acciones de la mafia son una clarinada de alerta para todos los sectores democráticos sin excepción alguna. En primer lugar para el gobierno, cuya sobrevivencia está en juego, pero también para la oposición democrática que debe aprender a distinguir entre los enemigos, que son aquellos que quieren terminar con la democracia, de los adversarios, que compiten con la oposición dentro de la legalidad constitucional. Esta distinción entre enemigos y adversarios es la que parece borrarse cuando algunos líderes opositores se suman presurosos a las campañas mediáticas de la mafia o declaran e incluso colaboran en medios abiertamente ligados al crimen organizado de la década pasada.

Por todo esto la próxima coyuntura, que estará signada inevitablemente por el juicio a Vladimiro Montesinos, debe ser un nuevo momento de unidad contra la dictadura y la corrupción en el que los políticos de todas las tiendas democráticas pongan como primera prioridad crear las condiciones para que este juicio se convierta en un hito del afianzamiento de las instituciones democráticas. Sólo este esfuerzo común podrá evitar la

utilización mafiosa del juicio y el éxitos de los chantajes y las amenazas que los criminales ya ensayan contra personas e instituciones.